

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

BARCELONA 30 DE AGOSTO DE 1886

NUM. 244

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *El brujo de Alcornocal* (continuación), por D. Juan Tomás y Salvany. — *Lo que vive en la sombra*, por don Manuel Fernández y González. — *Claridades palpables*, por don José María Sbarbi. — *Viaje á Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS. — *¡Loca!* cuadro de L. Deschamps. — *Camino del jubileo*, cuadro de Matías Schmid. — *¡Edad feliz!* cuadro de Enrique Rasch. — *El naufrago*, cuadro de Langhammer. — *Una calle de Clovelly*. — *Muerte de Virginia*, cuadro de Miola. — *Placeres del campo*, cuadro de M. Leloir.

NUESTROS GRABADOS

¡LOCA! cuadro de L. Deschamps

Asunto y pintura á cual más simpáticos. ¿Quién no se sentirá movido á compasión al ver esa madre tan joven y tan mísera al propio tiempo, que para engañar á su vista, engalana con el gorrito de su hijo á un pobre cuadrúpedo y para engañar á su corazón le mece y

le prodiga las más tiernas caricias? La fijeza de su mirada indica que su insensato desvario la tiene dominada por completo. Al contemplar á esta infeliz loca, la lástima que inspira induce á desear que jamás recobre la razón, si ha de pasar de nuevo por las crueles torturas que se la han hecho perder.

Algunos de nuestros abonados habrían preferido tal vez que no hubiéramos puesto tan triste composición ante sus ojos; pero el cuadro de Deschamps ha alcanzado tal y tan merecido éxito en la última Exposición de París, que no hemos podido resistir al deseo de incluir en nuestras páginas una copia de tan artística obra.

CAMINO DEL JUBILEO, cuadro de M. Schmid

La palabra *imposible* no existe en el diccionario del amor de padre. Nuestro cuadro representa al vivo esta opinión, que la experiencia confirma á cada paso. La desgracia ha llamado á la puerta de la cabaña del rudo montañés: su hija, la joven cuya sonrisa de ángel calmaba todas sus penas, cuya juventud y alegría eran el encanto del solitario hogar, ha sido atacada de terrible parálisis. El pobre montañés tiene escasos recursos y más escasa fe para implorar el auxilio de la ciencia de los hombres; pero tiene un tesoro de amor y de esperanza en Dios. El amor le inspira la confección de un aparato para cargar sobre sus robustos hombros el cuerpo de su hija, y la esperanza guía sus pasos al santuario donde se celebra la fiesta de la

Virgen que obra milagros cuando los padres la imploran con toda la efusión de su alma. Tal es el asunto del cuadro de Schmid.

Sobrio de composición, ejecutado con firmeza de maestro, impresionamente y á la simple vista vale á su autor un triunfo. Ese paisaje agreste, desnudo, solitario, es el teatro más conveniente para la escena escogida por el artista; como la figura del montañés, cuya robusta espalda se doblega bajo su preciosa carga, es la imagen gráfica del dolor resignado y del amor elevado á lo sublime del sacrificio. El sentimiento de que el pintor se halla dominado trasciende al espectador por medios naturales; y esto prueba la intensidad de aquél y las condiciones artísticas con que se manifiesta. Cuando se juntan el sentimiento y el arte se producen obras clásicas como el *Camino del jubileo*.

¡EDAD FELIZ! cuadro de Enrique Rasch

El artista no dice en qué punto tiene lugar la deliciosa escena que ha pintado. A juzgar por la espléndida luz que la ilumina y por la transparencia del cielo bajo el cual se realiza, deberíamos decir que esa escena tiene lugar en Italia. Sin embargo, la disposición del jardín no es italiana del todo; los mismos personajes no tienen italiano tipo. Dondequiera que la escena se verifique, ello es que el pensamiento resulta agradable y la ejecución esmerada.

Una mujer, joven aún y hermosa, viste enlutadas tocas. Induda-



¡LOCA! cuadro de L. Deschamps

blemente es una viuda que tiene concentrados sus afectos en la criatura que hace danzar á su muñeca, ejercicio que cautiva por completo su atención. Esa criatura es su hija; lo dice harto claramente el color negro de su sencillo vestido.

—¡Feliz edad!—dice para sí la madre acongojada.—¡Feliz edad aquella en que no se tiene idea de la desgracia que supone la pérdida de un padre!... ¡Feliz edad aquella en que una muñeca hace olvidar un cadáver é inspira una alegría tan inocente como contagiosa!

Esta idea se refleja en el semblante de la viuda, cuyo dolor templado una media sonrisa, bien así como en días borrascosos los rayos del sol iluminan pálidamente una nube, sin llegar á traspasarla. Las otras dos figuras del cuadro son igualmente expresivas; el conjunto resulta agradable y el pensamiento de la obra demostrado de una manera sencilla, pero no menos concluyente.

EL NAUFRAGO, cuadro de Langhammer

Terrible y desigual es la lucha: el hombre es un ser muy débil para triunfar de las embravecidas olas. Con la fuerza de la desesperación se agarra el naufrago á los restos de la frágil barquilla; pero ¡cuán pequeña parece esta resistencia comparada con la fuerza incontrastable del mar enfurecido!... Poner de manifiesto este contraste parece haber sido el pensamiento fundamental del autor de este lienzo, al pintar con vivos colores las horas angustiosas, horribles, que preceden á la muerte del desdichado naufrago.

UNA CALLE DE CLOVELY (Devon)

A pesar de su triste cielo, de las prosaicas aglomeraciones de edificios de agudas y apizarradas techumbres interpoladas de negras y altas chimeneas, que constituyen las grandes ciudades; de las no menos sombrías campiñas manchadas en grandes extensiones por el oscuro polvo de las minas de hulla, no carece la Gran Bretaña de puntos de vista pintorescos, donde tanto el viajero como el artista encuentran bastante que admirar y no poco que estudiar.

Una de las comarcas que más atractivos ofrecen es sin duda la del Devon, y en ésta el antiquísimo pueblo de Clovely, del cual ha dicho con razón un escritor que formaba el caserío más romántico del Devonshire. Basta contemplar el grabado, que representa una de las calles de dicho pueblo, para echar desde luego de ver la antigüedad de sus casas, así como su caprichosa situación en un cerro que se alza á 500 pies de elevación sobre la llanura, y en el cual se escalonan las robustas construcciones de la población. Verdad es que entre los países que más ejemplares de arquitectura primitiva conservan, figura con ventaja la Gran Bretaña, que si es fiel guardadora de sus tradiciones sociales, no lo es menos de todo cuanto constituye su modo de ser, especialmente en los puntos apartados de los grandes centros de población.

MUERTE DE VIRGINIA, cuadro de Miola

El decenviro Apio Claudio, árbitro de los destinos de la ciudad de Roma (449 años antes de J. C.) concibió por Virginia, hija del centurión Virginio, una pasión innoble que ideó satisfacer de infame manera. Al efecto recabó de los magistrados una sentencia declarando á la infeliz doncella esclava de uno de sus clientes, convertido en su cómplice; mas antes de que la infeliz doncella fuera arrebatada á su padre, éste se apoderó de un cuchillo de la tienda de un carnicero y con él sacrificó á la desdichada Virginia. Los romanos, testigos de la iniquidad de los jueces, se sublevaron contra éstos y derribaron á los decenviros, que tan escandalosamente abusaban de su ilimitado poder.

Este asunto ha sido tratado por varios artistas y verdaderamente se presta como pocos para un cuadro de composición grandiosa. El hecho en sí mismo, el sitio en que tiene lugar, la manifestación de los afectos que dominan á los personajes, la explosión de la ira pública, todo cuanto puede concurrir, hábilmente tratado, á producir un cuadro de impresión, se encuentra reunido en esta escena. El autor del lienzo que publicamos ha sacado de ella buen partido y sin desviar la atención del hecho principal, ha iniciado al espectador en las consecuencias inmediatas que produjo en los destinos de Roma.

PLACERES DEL CAMPO, cuadro de M. Leloir

El artista puede soñar también su Arcadia, y Leloir la ha pintado tan grata, tan apacible, tan bella como la ven ciertos poetas desde Virgilio hasta Meléndez y Florián. Los modernos se sienten menos inclinados al idilio, y á la vista de esa embarcación adornada con atributos agrícolas, y de esos músicos que festejan sin duda á sus opulentos señores, y de ese lago que apenas riza la brisa, y de esos árboles poblados de ruiseñores, y de ese cielo sin nubes, y de esa felicidad sin contratiempos; una sonrisa escéptica asoma á sus labios y exclaman con amargura: «¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!»

Ello, empero, no puede disputarse á Mauricio Leloir, pintor francés de reconocido mérito, que su idilio está ejecutado con elegancia suma y que á él podría aplicarse aquello de: si esto no es la verdad, merecería serlo.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON JUAN TOMÁS Y SALVANY

(Continuación)

—Ahora, me toca á mí; ¡brindo, pues, por mis galantes huéspedes, y sobre todo, por el hada de estas montañas!

—Cuidado, Casio, que no anda lejos Otelo, —respondió con alegre sorna el señor del Soto.

Rosario se turbó ligeramente; mas reponiéndose, dijo á su vez:

—Y yo, por no ser menos, brindo por el feliz descubrimiento del secreto de mi marido, y por los alcornoqueños á quienes hoy ha cabido en suerte tan bravo matador.

La muerte del novillo había impresionado la poética imaginación de Rosario, y al proferir sus últimas palabras, un pasajero carmín tiñó sus mejillas.

—¿A cómo estamos hoy?—preguntó Soto.

—Domingo, 14 de setiembre, —contestó Enrique.

—Pues bien, dentro de quince días, el primer domingo de octubre, sabrás ese secreto, esposa mía.

—El primer domingo de octubre es el Rosario.

—Justamente, se trata de una sorpresa que para ese día te reservo.

—Pero... ¿no me dirás al menos qué te haces por las noches encerrado en el desván?

—¡Imposible! ni una palabra, no me preguntes nada hasta ese día; tengo hecho un pacto y he de cumplirlo.

—¡Un pacto! ¿Y con quién?

—¿Con el diablo?—preguntó Enrique riendo.

—Tal vez.

El interpelado dió á estas palabras tan extraña entonación que Rosario y Enrique se miraron.

Los criados sirvieron el café y el señor del Soto, mudando de conversación, dijo á su pariente:

—Pero, ¡qué bien tiras, primo! Lo ignoraba; ¿dónde aprendiste?

—Me ejercité desde muy niño. Además, tengo un ojo y un pulso... En el Veloz todos me tiemblan. ¿Quieres darme tu revólver? Voy á dibujarte un seis de oros.

—No, chico; mi mujer es muy nerviosa y se sobresalta al oír tiros.

Rosario, como atraída por un imán, miraba á Enrique de hito en hito.

—¡Qué miedo he pasado esta mañana!—dijo.—¿Y ha habido desgracias?

—Poca cosa, el rabadán contuso y una caballería muerta, —contestó el de Soto.

—A no ser por mí, mal lo hubieran pasado esos palurdos, —añadió el pisaverde.

—No te burles de los alcornoqueños; mayor susto llevarán cuando yo quiera, —prosiguió D. Ramón.

—¿Qué te propones, esposo?

—¿Por qué lo dices, primo?

—Chitón, es mi secreto.

Y añadió mirando á la ventana:

—¡Qué hermoso día! La tarde convida á pasear; ¿vamos al campo?

Los tres se levantaron. Mientras Rosario pedía á un criado la sombrilla, Enrique y D. Ramón encendieron sendos tabacos. Cuando el último volvió la espalda para tomar de un mueble su bastón, el segundo dijo á la primera:

—Cada día está V. más guapa.

—¡Tonto!—respondió ella con una sonrisa encantadora.

Al cruzar los tres la plaza, Isidro, que con Blas y sus amigos ocupaba una mesa tras de los vidrios del café, profirió devorándolos con la vista:

—¡Ahí vienen, ahí vienen!

—¿Cuáles?—preguntaron sus amigos volviendo la cabeza.

—El brujo, su mujer y el pisaverde. Toman la calle Mayor; ¿adónde irán?

—Déjalos, —repuso Blas, —allá se lo dirán de misas esta noche.

—No, esta noche no.

—¿Cuándo entonces?

—Después que nos hayamos convencido de su brujería. En esas cosas hay que andarse con pies de plomo; el diablo tiene malas pulgas.

—Corriente; pero de todas maneras esta noche...

Convenidos; le tomamos al diablo la filiación, y mañana, ó pasado, cuando á Dios plazca...

Continuaron hablando en voz tan baja que no pudo entenderse lo demás.

Entretanto, Rosario, D. Ramón y Enrique, recorriendo la calle Mayor, desembocaron en el campo y se dirigieron hacia la vía férrea. A su derecha se oían los rústicos acordes de una gaita y un tamboril, prueba de que los mozos y mozas del lugar alegraban el ocio del domingo bailando en la próxima era.

—¿Cómo se divierten esos palurdos!—observó Enrique.

—También nosotros nos divertimos, —replicó D. Ramón, —sino que cada uno tiene su modo de matar pulgas.

—A ellos les divierte seguramente lo que á nosotros nos aburriría, —agregó Rosario.

—Vive Dios que si no fuera por Vds., había de ir á echar una cana al aire, —insistió el gomoso.

—¿De qué suerte, primo?

—Bailando una jota con la mejor moza del lugar.

—¿Cuándo sentarás esa cabeza? Hazlo si te atreves.

Rosario clavó en el semblante del joven una mirada tal de reconvencción, que éste, avergonzado, bajó los ojos.

Llegado que hubieron á una hondonada cubierta de verdura, el de Soto se frotó las manos, profiriendo:

—¡Ajá! Hermoso sitio para herborizar; aquí debe haber plantas muy raras, y quién sabe si algún fósil.

—Pero, Ramón, —objetó la dama, —siempre con tus hierbas y tus piedras. ¿No sería mejor dar un paseo por esas cercanías?

—Nada, nada, lo dicho. Vosotros haced lo que gustéis; ¿me necesitáis acaso?

Así diciendo, con ligereza juvenil, empezó á brincar por entre peñas y arbustos. Su esposa se sentó en el suelo, sobre el mullido césped; abrió un libro que trajera á prevención y se puso á leerlo. Enrique, en pie junto á ella, mirándola fijamente, se azotaba el pantalón con su junquillo.

—Sientó no haberme traído la escopeta, —dijo de pronto.

Rosario levantó la cabeza.

—¿Para qué?—le preguntó.

—Mi primo con sus hierbas y pedruscos, V. con su libro, yo sin mi escopeta, ¡bonita tarde vamos á pasar!

—Todavía le queda á V. un recurso.

—¿Cuál?

—Ir á bailar una jota con la mejor moza...

—¡Rosario!

—A prevención traje este libro; no me gusta ser importuna.

—Sin embargo, demasiado sabe usted...

Interrumpiéndose de súbito, el gomoso miró hacia donde se hallaba D. Ramón, y como le viese envuelto en

la espesura de un bosquecillo, se inclinó rápidamente, intentando asir con la suya la mano de Rosario.

—¡Insolente!—exclamó ella, dándole en los dedos con la sombrilla.

El libro, escapándose de las manos de la dama, se había caído sobre la hierba, y sus hojas, barajadas por el viento, producían un rumor seco y burlón, cual si se movieran de la audacia del petimetre; el mismo viento azotaba el rostro y las sienes de la hermosa con el velillo de su sombrero y con los rizos que de éste se escapaban; la falda, ceñida con pudorosa precaución á lo largo de su cuerpo, dibujaba las arrogantes curvas de las caderas y permitía ver en la extremidad el correctísimo calzado de dos pies que hubieran cogido en un puño.

—¡Ingrata!—murmuró el pisaverde, absorto en la contemplación de aquel tesoro.

—¡Yo! ¿Le debo á V. algo por ventura?

—Siete meses de martirio, desde mi regreso de Inglaterra, la tierra del *sport*, y de Francia la tierra del *sprit*, desde que tuve la desgracia... la desgracia, sí, no la fortuna de admirar tanta belleza.

—Por Dios, Enrique, ya que no me respete á mí respétese V. á sí mismo, á ese excelente caballero, que es mi dueño ante Dios y ante los hombres.

—Ingrata, sí, ingrata una y mil veces, —prosiguió el gomoso irritado ante el llamamiento virtuoso de Rosario.

—Por V. he venido á enterrarme entre esos zafios, renunciando á mi *high life*, á mi vida de aventuras, á lo más *pschut* que el mundo encierra.

—Sabe Dios cuánto me opuse á que V. nos acompañara; pero hay cosas fatales, ojos que no ven, oídos que no oyen.

—Por V. no vivo, muero aquí y en todas partes; por usted hoy, con sólo disparar mi carabina, he librado al pueblo de una catástrofe... Por V. lo hice, sí, ¿qué me importaba á mí de esos palurdos?

—Enrique, no me atormente V., yo se lo ruego; usted sabe muy bien que sus merecimientos no han caído nunca en saco roto; que ese hombre bondadoso, con su edad, con su carácter, con sus gustos, con sus... extravagancias, no puede llenar el vacío de mi alma. Con todo, no ignora usted tampoco lo que me debo á mí misma, lo que debo á mi marido, lo que nos debemos todos.

—¡Sí, yo debo el alma al diablo y forzoso será que se la pague!—prorrumpió el gomoso con acento sombrío.

—¡Primo, primo! ¿qué te haces?—gritó en aquel momento, desde el bosquecillo, la voz de D. Ramón.

—¿Qué quieres? Estoy aquí, acompañando á Rosario.

—Con que, haciendo el amor á mi mujer, ¿eh? ¡Ah! bribonzuelo, holgazán. Ven acá, hombre, ven acá un momento y ayúdame á atar estas hierbas; no puedo con tantas.

Enrique y Rosario cambiaron una mirada significativa, una mirada de compasión y de despecho hacia aquel hombre. El petimetre, no obstante, acudió al llamamiento, y la dama, recogiendo su libro, se puso á leerlo maquinalmente.

Por más que lo intentaron, no les fué posible en toda la tarde reanudar la conversación: el señor del Soto, loco, animado, inquieto, contento como nunca por las preciosidades que, según él, había recogido, cada vez que á ello iban lo estorbaba.

El pisaverde, por instintivo desquite de su pecado, se ofreció á llevar aquel tesoro; mas D. Ramón se opuso diciendo:

—Quita, hombre, quita, podrías mancharte el traje, tú tan buen mozo! ¿Qué dirían esas palurdas? En cuanto á mí, es muy distinto; ya estoy fuera de combate.

Echaron á andar los tres, D. Ramón cargado como un patán, con su haz de vegetales, el gomoso silbando un aire bufo y la dama, pensativa, revelando en el semblante la lucha de encontrados sentimientos que su alma sostenía.

(Continuad)

LO QUE VIVE EN LA SOMBRA

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

Paseaba yo una tarde de otoño por el Retiro: un viento húmedo y frío impulsaba en remolinos las hojas secas; los últimos rayos del sol que se filtraban por las rasgadas de espesos y negros nubarrones, teñían con una tinta roja-pálida las copas de los árboles; la tarde se había hecho desapacible, y yo apresuraba el paso para que la lluvia que amenazaba no me cogiese al descampado.

Había llegado á la Avenida de las estatuas: estaba desierta ó casi desierta: sólo se veía en ella una persona sentada en uno de los bancos de piedra.

No sé por qué al pasar junto á aquella persona, y como por una atracción incomprensible, me fijé en ella: era un hombre ya de edad, vestido con desaliño, aunque no con miseria: su *pardessus*, su sombrero y sus pantalones estaban muy pasados de moda: tenía muy largos los cabellos grises, que agitaba el viento, y su barba aparecía demasiado crecida.

Como si mi mirada hubiese atraído la suya, alzó los ojos y los fijó en mí de una manera profunda: lanzó una exclamación de sorpresa, se levantó de una manera nerviosa, llegó á mí y me asió las manos.

—¡Ah! ¡eres tú, Luis!—me dijo, —vamos, te aburres como yo, y vienes por el Retiro cuando el mal tiempo echa de él á todo el mundo.

- No recuerdo, - dije.
 - ¡Pues, Agustín, el bachiller!
 - ¡Ah! - exclamé; - pero ¿quién había de reconocerte?
 - ¿Es verdad que es imposible reconocerte? - dijo con un acento extraño, - he venido á buscarla... á lo menos á su espíritu... ¡oh! ¡la vida! ¡esto que llaman vida! ¡el misterio! ¡tengo frío, Luis; mucho frío, y una sed insostenible! ¡vámonos!

Y se asió de mi brazo y tiró de mí.
 Yo me sentía mal: á Agustín se unía una historia misteriosa y sombríamente dramática que quince años antes había dado escándalo; Agustín había desaparecido, se le había olvidado.

Él continuó tirando de mí y hablándome de una manera incoherente: si yo le contestaba me cortaba la palabra con la suya que no cesaba y que revelaba la vaguedad de la locura: aproveché el primer carruaje que pasó desalquilado, y algunos minutos después estábamos instalados, y con la mesa servida, en uno de los gabinetes de un *restaurant* de la calle de Alcalá.

Apenas si comía Agustín: bebía, y luego permanecía con las manos crispadas puestas sobre el borde de la mesa.

Su mirada brillaba de una manera vaga, indecisa, como esos fuegos fatuos que lucen más ó menos según que es mayor ó menor la densidad de la sombra en que flotan y que al entrar en un espacio iluminado por la luna desaparecen, para aparecer de nuevo con toda la intensidad de su luz fantástica sobre un fondo lóbrego.

Yo sufría, como si me hubiera contagiado la situación dolorosa del alma de Agustín: si aquello no era locura, era ya visiblemente el desorden cerebral: sus ojos dilatados huían la luz de las bujías, y al extravío de la mirada se unía la contracción de los labios trémulos, y una especie de sombra interna que parecía manifestarse en su rostro pálido hasta lo lívido, causando el efecto de una luz que se extingue y se reanima débilmente dentro de una bomba de cristal mate.

Agustín acabó por tomar para mí la apariencia de un espectro, ó más bien de un cadáver agitado por una poderosa influencia magnética: había en él una vida formidable, que no era la vida tal como la conocemos; era una vida de otra esfera, de otro orden de sensaciones y de relaciones; era, en fin, como el aborto de una pesadilla que nos ha despertado y que recordamos sin poder explicárnosla, sintiendo algo más terrible que el terror: la sombra de un universo desconocido, fantástico, producto de la perturbación del sentimiento, del desequilibrio de los términos de la razón.

- ¡Ron, ron, mucho ron! - exclamó; - ella no puede resucitar; los muertos, cuando se han sumergido en lo infinito invisible, vuelven, sí, vuelven cuando los evoca una voluntad poderosa, pero no encuentran su envoltura, la máquina por medio de la cual manifestaban, con la voz, con la mirada, con el gesto, con el movimiento, lo que sentían, lo que pensaban, lo que querían. Se ha desorganizado, se ha deshecho entre el fango pútrido de la fosa: no son más que sombras que se hacen sentir de nuestro espíritu, que nos hablan sin voz, que sin ojos nos miran, que sin formas materiales dejan ver las formas que tuvieron, pero idealizadas, trasfiguradas, llevadas á la belleza suprema; tú no sabes cómo es la sombra que se levanta en el miserable vacío que ha dejado en nuestra alma la desaparición material de un ser querido; no, tú no sabes cuán horriblemente ese vacío insostenible se llena sin llenarse, porque cuanto más se llena más se agranda, y cuanto más atormenta, más deleita; no, tú no sabes hasta dónde llega en placer y en dolor el sentimiento infinito del espíritu por el espíritu.

Si yo no hubiese visto patente el trastorno febril de Agustín, hubiera creído que la filosofía á la moda, la teoría de lo infinito, los desbarros del espiritismo y del sonambulismo, toda esa fantasmagoría con que, locos tranquilos, pretenden explicarse lo que no cabe en la razón humana, se habían apoderado de él y le habían *chiflado* (permítasenos esta palabra de un nuevo *caló* que ha hecho fortuna aun en los círculos más ilustres); pero yo no veía esto; veía un síntoma de muerte; la mayor parte de los moribundos por la depresión, por la perturbación del sentimiento, ven objetos extraños, seres fantásticos; sus miradas vagan como siguiendo á aquellos espectros, que ellos ven, por las paredes, por el techo, de objeto en objeto, de coladura en coladura, de los que hablan á los que doloridos asisten á su agonía; y cuando ya no pueden hablar ni moverse, cuando su mirada ya no busca, parece que en sus ojos mates y vidriosos se refleja aún la tenaz visión: Agustín era entonces como uno de esos moribundos, sólo que, por un fenómeno extraño, se tenía sentado y conservaba toda la energía de sus movimientos.

- ¿No la ves? - me dijo; - está allí, en el espejo; me mira con sus grandes ojos tristes y ardientes: pero tú no la verás: tú no estás en relación simpática con ella: tú no la has conocido: si tú la hubieras conocido, comprenderías lo que sin duda crees una alucinación.

- En efecto, - le dije, - puedo tratarte con confianza: tú no estás bueno: has bebido demasiado: ¿quieres que nos vayamos?

- ¡Sí, sí, es verdad! - dijo con acento sarcástico; - tú ves en mí síntomas de congestión: tranquilízate: basta con que me abstraiga para que ella se me presente: yo tengo la razón tan fuerte como tú: yo sé bien que lo extraordinario, lo sobrenatural, lo que creemos que sin existir existe, es la visión de un inexplicable sonambulismo en que nos sentimos despiertos, y durante el cual los que

nos ven, los que nos oyen nos creen despiertos también: ¿qué te parece? cuando te detuviste delante de mí, acababa de verla pasar, esbelta, leve como una pluma llevada por el viento; flotaba su elegante traje, flotaban sus cabellos rubios... ¡oh, qué cabellos! un rostro sensual, un rubio pálido, con tonos dorados, con reflejos de una luz misteriosa... y su frente tersa, serena, pero sombría, con su misterio de pasiones desconocidas... con sus enormes y lánguidos ojos negros, siempre enigmáticos, siempre abismos oscuros en cuyo fondo se agitan informes la muerte y la vida... con la sonrisa leve y epigramática de sus graciosos labios... con su garganta irresistible cuyas arterias laten á la más leve sensación... toda vida, toda luz y toda sombra, toda paz y toda guerra... lo infinito en la mujer... el ángel en el demonio y el demonio en el ángel... un destino, una fatalidad; uno de esos seres humanos en que parece haberse infundido un espíritu incontrastable; una de esas criaturas que á un tiempo hielan y abrasan la sangre... y luego una herida sobre la sien izquierda de la que con la sangre se escapa la vida!...

Yo me estremecí; probé una sensación terrible que no puedo explicar.

Agustín acababa de retratarme á grandes rasgos una mujer que era mi desesperación, mi sueño.

Y yo había ido al Retiro sólo por verla pasar como una bella aparición fugitiva por entre las enramadas... y ella había acudido como siempre á su cita tácita; ella había pasado antes que yo por delante de Agustín.

¿Y qué relación había entre Agustín y Clotilde?
 Yo necesitaba saber sin preguntar, sin causar la más leve prevención á Agustín.

Él estaba en el camino de las revelaciones, y era necesario que la revelación fuese completa.

Eché una enorme cantidad de ron en la copa destinada para el vino y yo no le impedí que bebiese. Aquello debía agravar su estado congestional. Pero ¿qué importaba? Yo sentía algo horrible que me roía las entrañas: sentía hambre, un hambre cruel de saber; de descubrir; cuanto más perdiese Agustín la razón, mejor.

Sus ojos estaban ya incandescentes: parecían dos ascuas opacas, como las de un carbón que se requema.

Aparecía en su semblante contraído, la expresión del olvido de todo, menos de la pasión que le combatía: de improviso dijo:

- Yo no sé cómo, ahora que está de moda el naturalismo romántico, los autores dramáticos no se hacen aplaudir á rabiar... con que anegaran sus miradas en los abismos sociales, en lo horrible desconocido, y de allí lo sacasen y le diesen forma, llegarían á una gloria espantosa. ¿Qué te parece si yo hiciera un drama con mi historia?

- Veamos, veamos, - le dije con ansia.
 Agustín tomó una expresión semejante á la de un hombre que sueña despierto en algo terrible.

- La ví, y me absorbió: su destino es absorber; aniquilar en su ser á seres que sufren sin esperanza; era todavía una adolescente: pero una adolescente precoz: era ya el arcángel caído con toda su terrible hermosura, con todo su poder de fascinación, pero aun no manchado con el cieno de la vida... y su tía... su terrible y majestuosa tía, con su mirada incontrastable y sus formas de Cleopatra... fuí admitido... pero nunca cuando fuí á visitarlas encontré á Clotilde... estaba indispuerta, á casa de un pariente ó de una amiga... siempre sola la tía... la tía formidable, resplandeciente aún de juventud y de frescura á sus cuarenta años: yo resistí todas las incitaciones de la hermosa, todas las provocaciones de la mirada, todas las artes diabólicas de una mujer irresistiblemente seductora... yo ví pasar por sus ojos cóleras sombrías, expresiones misteriosas y aterradoras... pero yo estaba absorbido por Clotilde... ella, el amor desesperado que por ella sentía hacía impotentes todas las seducciones de Ascensión; era necesario decidirse por una de las dos, y yo me había decidido: Clotilde era mi universo... y yo no la veía nunca, nunca más que en paseo; cuando por respeto á las formas no podía acompañarlas... ¡oh!

Un día recibí una carta, la letra de cuyo sobrescrito me era desconocida, pero indudablemente de mujer: abrí temblando aquella carta, de la que fluía un leve y delicioso perfume... busqué ansioso la firma: leí *Clotilde* y se me nublaron los ojos: tuve que hacer un violento esfuerzo para dominar el trastorno que se apoderó de mí. Era una carta breve, pero frenética de amor, en que ella me daba una cita decisiva á una calle apartada... acudí á las doce de la noche: en una esquina de la calle de la Comadre, encontré arrebujada á una mujer que tenía todas las apariencias de una vieja. Aquella mujer me condujo á una casa de aspecto miserable: abrió su puerta: me asió con una mano descarnada y fría, cuyo contacto me causó una impresión horrible... yo, sin embargo, pensaba en Clotilde... la vieja me condujo á oscuras por el piso bajo... se detuvo... sonó una llave en una cerradura; la vieja me empujó dentro... se volvió á cerrar la puerta... sonó otra vez la llave... yo estaba en un espacio densamente oscuro... llamé á la vieja... no me contestó... adelanté con los brazos extendidos... tropecé con la pared... con los muebles... hallé al fin una puerta... seguí... tropecé en un lecho... encontré sobre el lecho un cuerpo... un cuerpo de mujer... pero inmóvil... frío... mis manos palpando habían encontrado algo húmedo y viscoso... sangre sin duda... estaba encerrado con un cadáver!

Agustín se detuvo: sus cabellos estaban erizados; sus ojos vagos parecían los de una bestia brava.

Se sirvió de nuevo ron en gran cantidad.
 - No era Clotilde, - dijo al fin, - pero yo había sentido

el terror de que fuese ella: había gritado de una manera desesperada, había golpeado furiosamente la puerta... no tenía luz, ni aun fósforos y necesitaba ver, salir de una duda horrible... el terror me había enloquecido: yo no meditaba que me comprometía... y seguía gritando... gritando desesperado... sacudiendo con todas mis fuerzas la puerta... pretendiendo forzarla...

Se sintió movimiento en la casa... acudieron gentes... sobrevino la justicia... se franqueó la puerta... me encontraron con las manos rojas, con el traje manchado de sangre... en la alcoba, en un lecho modesto, aparecía el cadáver de una mujer joven y hermosa, á pesar de la muerte... pero no era Clotilde... su traje, aunque elegante en su género, revelaba á una obrera: en su garganta aparecía una larga herida transversal de la que aun fluía sangre... se me había hecho caer en una horrible trampa de lobo en la que había encontrado una responsabilidad capital.

Mi pensamiento se fijó en Ascensión: pero yo no me explicaba su móvil... si me amaba, ¿por qué perderme?

El proceso arrojó de sí una luz sombría.

María de los Angeles, la pobre obrera asesinada, era la única parienta que me quedaba en el mundo, y á quien yo no conocía, por una de esas desviaciones que son tan frecuentes entre las familias; muerta *ab intestato* María de los Angeles, yo debía heredarla... ¿vas comprendiendo?

- No, no comprendo bien, - respondí aturdimiento por el horror de aquel drama terrible, uno de cuyos personajes aparecía loco y palpitante ante mí.

- Una intriga de Satanás - exclamó. - Aquella María de los Angeles debía heredar una fortuna de muchos millones, de un célibe que había muerto de repente y sin testar, y del cual María de los Angeles es la parienta más inmediata y á la que no se conocía: se habían publicado edictos que ella no había leído, que yo no había leído tampoco, porque no todos leen el diario oficial... Ella, como yo, tenía el apellido Pérez de Mendarieta... esto parecía evidente... yo había leído los edictos, había averiguado, había encontrado una parienta con mejor derecho en María de los Angeles y me había desembarazado de ella... ¿No ves detrás de todo esto la sombría figura de Ascensión, un horrible juego por tabla, una carambola espantosa?

- Pero tú no podías heredar á una mujer á quien habías asesinado, - exclamé.

- ¡Es que fuí absuelto!

- ¡Absuelto! - exclamé con asombro.

- ¡Ah! ¡los abismos, los abismos! - exclamó Agustín: - yo no salí de la cárcel, sino casado con Ascensión.

- ¡Cómo!

- Se me puso entre el patíbulo y el tálamo: no había elección posible: me casé: entonces apareció el verdadero criminal... un perdido, un vago, uno de estos miserables que viven de una mujer; el amante de María de los Angeles... otro juego por tabla, otra espantosa carambola; el miserable había vendido por un puñado de oro á un desconocido la vida de la desdichada María de los Angeles: encerrado, compelido, se confesó autor del crimen, su declaración justificó mi presencia en casa de María de los Angeles, mi inocencia resplandeció; pero yo era el esposo de María de la Ascensión que por su enlace conmigo de una posición mediana había llegado á la opulencia, á las grandes ostentaciones, á la gran vida. ¡Oh! ¡los abismos! ¡los abismos! una pobre muchacha había muerto; un canalla, un gorgojo del lodo había sido ajusticiado... pero Ascensión era rica y tenía por marido á un esclavo.

Hubo una pausa durante la cual Agustín bebió otra enorme cantidad de ron, sin que yo se lo impidiese: era necesario que creciese su locura, que se completase su revelación, que acabase de revelarse por completo para mí la figura de Clotilde.

No tardó en aparecer.

- Los que niegan la Providencia, - dijo Agustín, - son unos pobres diablos que no conocen la necesidad de los efectos dadas las causas: ¡los millones! ¡la sed rabiosa del oro que seca las fauces de las gentes de nuestro tiempo, y les hace producir un silbido ronco y amenazador como el de una serpiente hambrienta! ¡ron, más ron! ¡sobre la locura la embriaguez! ¡y todo es poco, todo es poco para olvidar!

Bebió y continuó.

- Yo sabía claro que Ascensión no me había amado jamás; que yo no había sido para ella otra cosa que un medio: Clotilde continuaba siendo mi sueño desesperado: vivía con nosotros... á Ascensión la importaba muy poco que ella y yo estuviésemos en contacto: Clotilde era altiva y pura y había entre los dos un imposible: un día Ascensión amaneció muerta.

- ¡Cómo! - exclamé yo.

- No lo sé, - respondió Agustín, - casualidad ó crimen: ¡siempre el abismo! los médicos declararon que había muerto de una apoplejía fulminante.

Clotilde miraba de una manera fatídica el cadáver, y aparecía más hermosa: había en ella algo de sobrenatural.

Cuando se fueron todos llevándose el cadáver me asió las manos y me dijo:

- Me he quedado sola en el mundo.

- ¡Y yo! - la respondí anhelante.

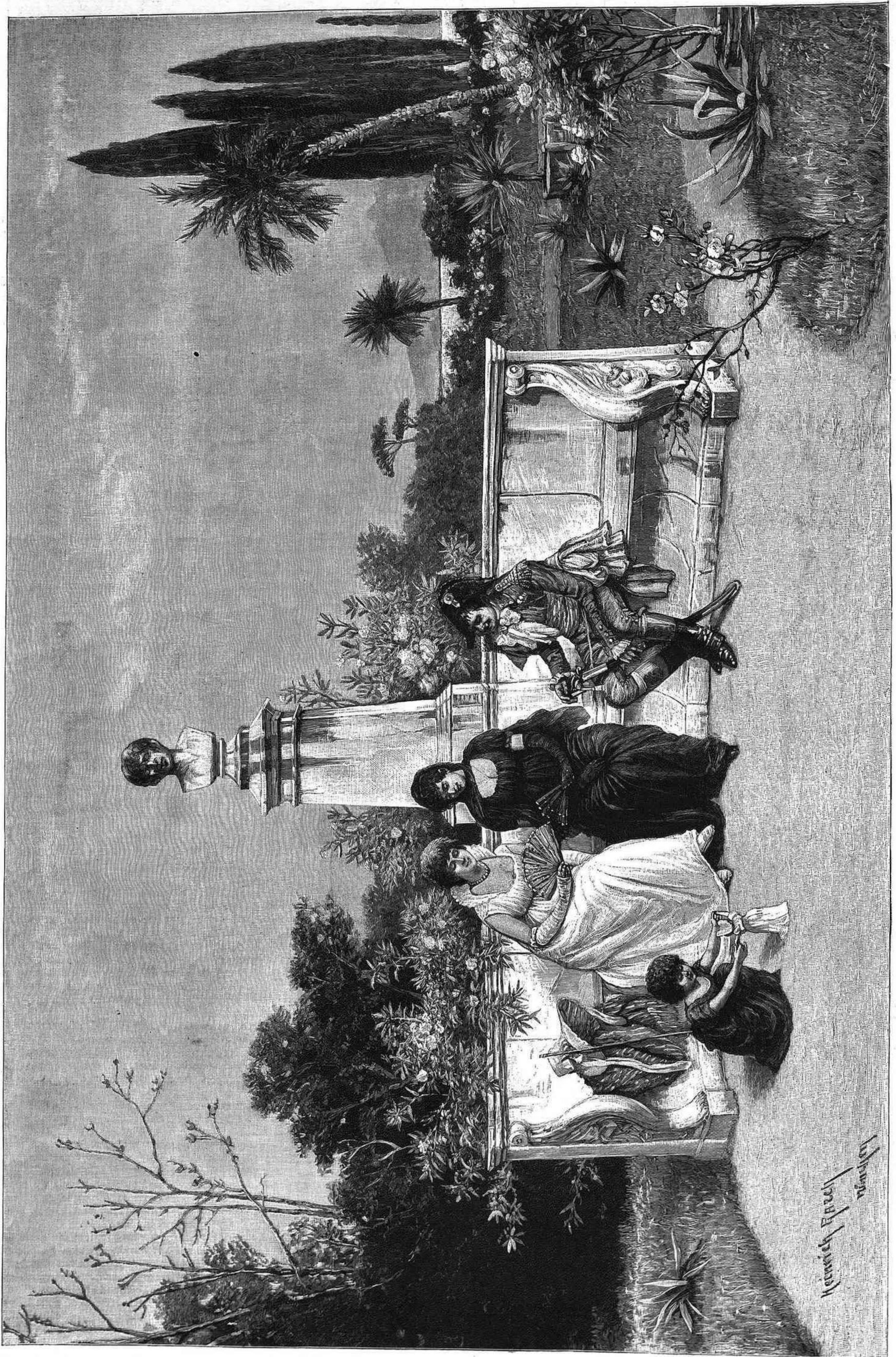
- Yo no puedo vivir á tu lado, - me respondió... - ¡las conveniencias!

- Tú no te separas de mí, - la dije.

Y tres días después partimos para viajar por Europa: á los seis meses Clotilde era mi mujer. ¡Ah!



CAMINO DEL JUBILEO, cuadro de Matias Schmid



¡EDAD FELIZ! cuadro de Enrique Rasch

Esta última exclamación de Agustín fué un rugido.

— ¡Como la otra! — añadió; — ¡la sed del oro! yo era todavía un medio: una larga asechanza, una infame traición me había engañado... tuve celos, me volví loco... herí... maté... huí... y la veo, la veo siempre con sus grandes ojos melancólicos, con su mirada profunda, con su sonrisa sarcástica!

Apenas si podía hablar ya Agustín: y continuaba bebiendo: y yo le dejaba beber.

Su voz se enronqueció al fin de tal manera, que no se entendía lo que decía. Pero estaba violentamente agitado: de improviso se levantó de una manera violenta; se llevó las manos á la cabeza, produjo un ronquido horrible y cayó como herido por un rayo.

Yo grité, acudieron... todo inútil... una apoplejía fulminante.

El cadáver fué conducido á mi casa por reclamación mía.

Una vez en ella, corrí á casa de Clotilde.

— ¿Por qué me has engañado? — la dije, — ¿por qué no me has dicho que eras casada?

Yo estaba loco.

Clotilde se había puesto pálida como una muerta

— ¡Ah! ¡yo no había querido matar tu esperanza! — exclamó, — tú eres el único hombre á quien he amado: yo no podía ser más que tu hermana mientras viviese él... y él... ¿dónde está él?

Al hacerme esta pregunta había un abismo en los ojos de Clotilde: un abismo de ansiedad y de amor... de un amor indudable.

— Está... — respondí, — en mi casa.

— ¡En tu casa! — exclamó mirándome con espanto.

— ¡Lo sé todo!

— ¡Ah, sí! — exclamó con un altivo desdén, — ¡una historia horrible soñada por un loco!

Y había una altivez inmensa en la expresión de Clotilde.

— Un loco furioso, — añadió, — que por celos insensatos me hirió, me creyó muerta luego, y á quien yo por terror no he buscado.

Mis joyas que habían quedado en mi poder me bastaban para hacerme una renta. ¡Y ha muerto!

— Sí.

— Quiero verlo.

Me estremecí: la expresión profunda, fría, terrible de Clotilde al decir estas palabras, parecía confirmar la historia del loco.

Delante del cadáver de Agustín, Clotilde exclamó con acento opaco:

— Sí, verdaderamente es él.

Luego añadió:

— Pero entre ese hombre y yo había y existe un testamento en mancomún: yo soy su heredera; es necesario que se le identifique.

Volvían á aparecer los millones: yo sentía algo imposible de explicar.

Se identificó el cadáver; heredó Clotilde, y se unió conmigo.

Esa mujer, inocente ó culpable, está ya delante de Dios.

Ha muerto al dar á luz un hijo que la ha sobrevivido algunas horas.

Yo era rico: ahora soy millonario: pero agonizo, muero, el horror me mata!

Esto contenía un pliego con sobre y orlas de luto que he recibido anónimo.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



EL NAUFRAGO, cuadro de Langhammer

CLARIDADES PULPITABLES

Pensando estaba á mis solas cómo bautizar este artículo después de nacido, y al cabo de mucho ir y venir (sin moverme de mi sillón de vaqueta), se me ocurrió

adjudicarlo el susodicho, que me apresuré á apuntar, temeroso de que pudieras ir el santo al cielo en medio de tantas especies como se agolpaban á mi mente.

«Claridades (dije entre mí) son verdades desnudas, esto es, destituidas de contemplaciones, paliativos ni rodeos; *pulpitables*, significa que se refieren al púlpito: ¡pues he dado precisamente con lo que buscaba; ya tenemos título!» Y soltando la pluma, y estregándome las manos, no «para dar á éstas calor, limpieza ó tersura,» porque de nada de esto habían menester, sino en ademán de fruición, como le sucede á todo aquel que cree haber hallado la clave del enigma, abrí mi tabaquera, le dí en la tapa los golpecitos de ordenanza, y exclamé, sin que nadie me oyera: ¡Vaya un polvo, y descánsenos, que el asunto va formal!

Pero... ¡qué bien dijo aquel que dijo cuando dijo que «la vida humana es un combate no interrumpido en la tierra!» En efecto, asaltóme dentro de pocos momentos la duda sobre si podría caracterizar, ó no, de *claridades* las especies que tenía colectadas como material para el presente artículo, y, de más á más, si me sería dable calificarlas de *pulpitables*; ¡ea, santo Dios! mi gozo, en un pozo! ¡vuelta á poner en tortura la mente! ¡trabajo perdido!

Para quien, como yo, tiene la costumbre de rascarse mucho la frente antes de sentar la pluma en el papel, con el loable intento de que lo entiendan á uno hasta los menos linceces (cosa no muy corriente hoy en día el poder conseguirlo, dadas las nebulosidades de todo género que por doquiera nos circundan en achaque de lenguaje), es mueble indispensable el Diccionario de la Lengua, verdadero *refugium peccatorum* á que se acoge todo aquel que, estimando en algo la pureza y propiedad de dicción, desea naturalmente el acierto; tiréme, pues, á él con más ansia que la que aguija al ciervo sediento á buscar una fuente, y quedéme absorto, frío y desmadejado al leer que *claridad* significa «palabra ó palabras resueltas que suelen decirse de resultas de alguna queja ó sentimiento.»

Algo repuesto de mi estupefacción, volví á decirme: «No hay que precipitarse; vamos por partes, y veamos uno tras otro qué es lo que significan en el Diccionario los términos de que consta semejante definición, que pudieran inducir á alguna vacilación ó duda.»

«Resuelto. Demasiadamente determinado, audaz, arrojado, y libre.»

«Queja. Resentimiento, desazón.»

«Resentimiento. Desazón, desabrimiento ó queja que queda de un dicho ó acción ofensiva.»

«Pues, señor, ¡estamos lucidos! En el artículo que acabo de trazar, ó séase en la criatura que va á nacer y tras de cuyo nombre ando, no existe ninguna de las circunstancias susodichas, y, sin embargo, toda ella se compone de *claridades* dichas en el púlpito á distintos propósitos, ergo no lo entiendo.»

En esto, llamaron á la puerta, y á poco entró la criada en mi despacho con una tarjeta que servía de garantía á la persona que la entregaba, quizás mucho mejor que la cédula personal, y, desde luego, á mucho menos coste, y en cuyo anverso se leía: *Justo Machetazo, juez de...* (aquí el nombre de la villa donde ejercía su cargo, y que no hay para qué nombrar).

Salí inmediatamente al encuentro, pues, dadas tales señas de nombre, apellido, cargo y lugar, no pude menos de sospechar que aquel sujeto era el mismo, mismísimo,

que tan activa parte hubiera tomado en las sesiones literarias de DOÑA LUCÍA. Dióseme á conocer como tal, así como me significó el objeto que lo encaminaba á la corte (que no era otro que el tejemaneje de elecciones), y que me traía una visita muy encarecida de parte del secretario



UNA CALLE DE CLOVELLY (Devon)

de aquella efímera asociación, y autor de dicha novela. Hablamos largo y tendido acerca de aquella pobre señora, de

cuyas manías y rarezas me contó cosas que, ora excitaban á risa, ora á compasión; y, queriendo aprovechar yo la tan fausta como inesperada coyuntura que se me acababa de entrar por las puertas con su presentación, le manifesté la duda de que era presa á su llegada, con motivo del capítulo de *claridades*. Al leerle lo que sobre el particular acababa de leer yo, junto con la materia que motivaba mi artículo, me dijo:

— Creo que está V. en lo firme al definir esa voz por los términos que me ha indicado de «verdades desnudas ó destituidas de contemplaciones, paliativos ni rodeos,» pues, esotro que acaba de leerme V., más parentesco tiene con *frescas*, y mejor aún con *desvergüenzas, salvo meliori*.

— El caso es, — repuse yo, — que en el texto que acabo de leerle á V. se hace á *fresca* sinónimo riguroso de *claridad*.

— Siento mucho no poder estar conforme con semejante sinonimia rigurosa, — me replicó, — por cuanto en *fresca* veo yo, además de la cualidad de mayor libertad ó desahogo que en la *claridad*, la circunstancia de serenidad ó desparpajo tal en quien la dice, que, en caso necesario, está pronto á decir unas cuantas más, siguiendo impertérrito é inalterable. Sí, señor mío; el decir las verdades, si bien amarga al que las oye, también suele ocasionar algún empacho ó turbación en quien las profiere; por eso dice un refrán, no prohijado por nuestra Academia, que *más vale ponerse una vez colorado que ciento amarillo*, para dar á entender que cuando se presenta la ocasión de hablar claro ó de decir *claridades*, debe hacerse así, aun á trueque de tener que sonrojarse, con el intento de evitar el tener que deplorar mayores males en lo sucesivo; pero de semejante circunstancia se exime aquel que por su temperamento particular dice las verdades, no sólo en toda su desnudez y *claridad*, sino también con la ma-

por indiferencia y frescura, en cuya consecuencia lo que viene á decir son *frescas*; y si á esto último se agrega el que su aspecto y sus palabras estuvieran empapadas en el descaro y en la licencia, entonces proferiría *desvergüenzas*. Ya ve V. cómo queda así debidamente graduada la escala de dichos tres vocablos... Y, antes que se me olvide, ¿qué dice ese Diccionario, que tiene V. ahí abierto de la palabra *pulpitable*?

— Pues dice, que no dice nada, aun cuando así lo han dicho Isla, Terreros y otros muchos escritores de nuestra nación que bien sabían lo que se decían.

— ¡Qué cierto es que el que nada, no se ahoga!

Y con esto, se despidió, y yo redacté el presente preámbulo á la materia de que voy á tratar ahora, y que anteriormente tenía escrita, cada vez más convencido (entre otras muchas cosas que omito, por evitar el tener que decir unas cuantas *claridades*) de que el título que más se adecua al presente trabajo es el de

CLARIDADES PULPITABLES

Mateo Alemán, autor del *Guzmán de Alfarache*, sevillano insigne, uno de los maestros más hábiles en el arte del bien decir, que compuso un tratado de Ortografía, rarísimo hoy, é imprimió en Méjico á poco de su llegada á aquel emporio, adonde se retiró, ya anciano, huyendo de España, como tantos otros ingenios á quienes, no de madre, sino de madrastra, sirviera el patrio suelo, da cuenta, en el primer capítulo de su inapreciable novela, de un sermón que predicó en la iglesia de San Gil de Madrid cierto docto orador ante los señores del Consejo Supremo un viernes de cuaresma, en el que, discurriendo por todos los ministros de Justicia hasta llegar al Escribano, al cual dejó de industria para la postre, dijo:

«Aquí ha parado el carro; metido y sonrodado está en el lodo; no sé cómo salga, si el Angel de Dios no revuelve la Piscina. Confieso, señores, que de treinta y más años á esta parte tengo vistas y oídas confesiones de muchos pecadores que, caídos en un pecado, reincidieron muchas veces en él, y á todos, por la misericordia de Dios, que han salido de él reformando sus vidas y con-

ciencias. Al amancebado consumieron el tiempo y la mala mujer, y al jugador desengañó el tablero, que como sanguijuela de unos y otros poco á poco chupa la sangre: hoy ganas, mañana pierdes, rueda el dinero, vásele quedando, y los que juegan sin él. Al famoso ladrón reformaron el miedo y la vergüenza. Al temerario murmurador, la perlesía, de que pocos escapan. Al soberbio, su misma miseria lo desengaña, conociéndose que es lodo. Al mentiroso puso freno la mala voz y afrentas que de ordinario recibe en sus mismas barbas. Al desatinado blasfemo corrigieron continuas reprensiones de sus amigos y deudos. Todos, tarde ó temprano, sacan fruto, y dejan, como la culebra, el hábito viejo, aunque para ello se estreche; á todos he hallado señales de su salvación; en sólo el Escribano pierdo la cuenta, ni le hallo enmienda, más hoy que ayer, este año que los treinta pasados, que siempre es el mismo, ni sé cómo se confiesa, ni quién le absuelve (digo al que no usa fielmente de su oficio), porque informan y escriben lo que se les antoja, y por dos ducados, ó por complacer al amigo, y aun á la amiga (que negocian mucho los mantos), quitan las vidas, las honras y las haciendas, dando puerta á infinito número de pecados. Pecan de codicia insaciable; tienen hambre canina con un calor de fuego infernal en el alma, que les hace tragar sin mascar á diestro y á siniestro la hacienda ajena; y como reciben por momentos lo que no se les debe, y aquel dinero puesto en las palmas de las manos, en el punto se convierte sangre y carne, no lo pueden volver

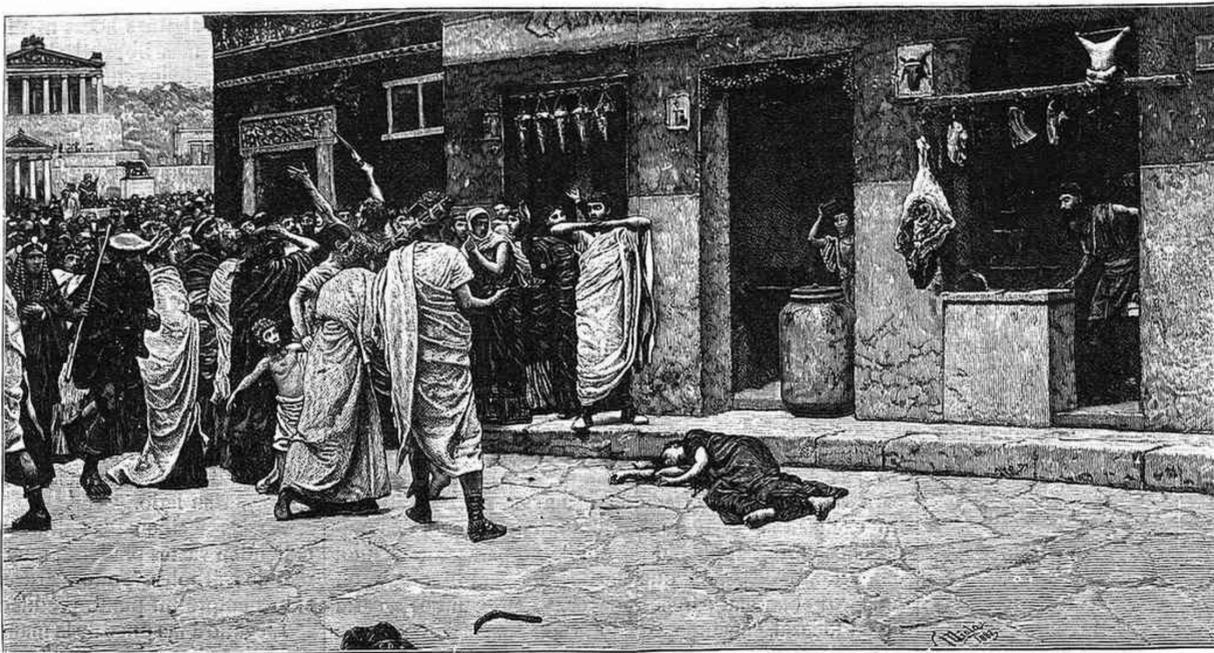
do desde el púlpito principios heréticos, amenazando ser terrible el castigo que le estaba preparado. Pero á influjos del Rey, que medió indirectamente en el asunto, pudo lograrse que se templaran las iras del Tribunal de la Fe con que aquel santo varón se retractase públicamente de lo dicho desde el mismo puesto en que se cometió la falta, y á presencia de las propias personas que la habían oído. Al efecto se dispuso una función de desagavios á que asistió el Monarca con su corte, y subiendo á la sagrada cátedra el predicador, entonando el *mea culpa* dijo en términos claros dirigiéndose al Monarca: «Señor, es de fe que V. M. es tan responsable de sus actos ante Dios como el último vasallo.»

A Felipe IV le dió una lección de justicia administrativa otro predicador, desde luego mucho más avisado que el de quien acabamos de hacer mención, por los términos siguientes:

«Señor, — comenzó dirigiéndose al Rey, — al encaminarme á este sitio, ví que llevaban preso á un hombre; pregunté la causa y me dijeron que por jugar á los naipes. Seguí adelante, y leí sobre la puerta de una tienda: *Aquí se venden naipes con permiso de S. M.* Pues señor, si se permite venderlos, ¿por qué se prende á los que juegan con ellos?»

(Continuará)

JOSÉ MARÍA SBARBI



MUERTE DE VIRGINIA, cuadro de Miola

á echar de sí, y al mundo y al diablo sí. Y así me parece que cuando alguno se salva (que no todos deben de ser como los que yo llevo á tratar), al entrar en la gloria dirán los ángeles unos á otros, llenos de alegría: *Lectamini in Domino*: ¡Escribano en el cielo! ¡fruta nueva, fruta nueva!»

Por aquella época, puesto que vamos tratando del siglo XVI, ocurrió que, predicando un religioso delante de Felipe II, tuvo la debilidad, ó la tontería, de decirle: «Todos los hombres son responsables ante la presencia de Dios, menos V. M.» Formóse causa canónica al bueno de aquel Gerundio, acusándolo de que había divulga-



PLACERES DEL CAMPO, cuadro de M. Leloir



Viaje á Filipinas.—Guerrero mandaya (centro de Mindanao).

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

5 febrero.—Salgo á las seis de la mañana. La brisa fresca, produciéndose al punto una marejada enorme, en medio de la cual mi barca desaparece hasta la extremidad de los mástiles. Nuestros pescadores del canal de la Mancha arrostran seguramente con frecuencia durante el invierno un tiempo semejante, pero sus embarcaciones no son como las de Mindanao; y además no hay comparación entre las cualidades morales y físicas de dichos pescadores y las de los indiferentes Bisayas. Por fortuna, se halla cerca un arroyo, el único que existe entre Catel y la punta Bagoso, que permite abordar, lo cual no sería posible por ninguna otra parte.

Fatigado de estas continuas detenciones, envío á buscar portadores al pueblo de Catel Viejo, pues continuaré mi viaje por tierra, siguiendo las sinuosidades de la orilla.

Llegó á Catel Viejo á las seis de la tarde.

6 febrero.—Catel Viejo, antiguo pueblo bisaya, está ocupado hoy por mandayas conquistados, cuya inercia es la misma observada en todos los nuevos cristianos. Cuando me ven encolerizado, los mandayas huyen, y es preciso buscarlos por tierra y por agua. A costa de grandes esfuerzos encuentro al fin cuatro hombres y dos búfalos para arrastrar dos trineos, que según dicen los indígenas, se deslizarán perfectamente por la arena de la playa.

A medio día atravieso el río de Catel, por dentro de la barra, que tiene mucha nombradía en la costa del Pacífico, y que es en realidad imponente. Más allá, mi caravana, reunida con tanto trabajo, emprende la marcha por la orilla del mar, sufriendo una lluvia espantosa. Las alturas, cargadas de bosques, se deprimen bruscamente á poca distancia del mar; la playa está cubierta de restos vegetales; en los bosques abundan los jabalíes y los gibones; estos últimos son fáciles de matar, y hago rodar algunos por tierra, pero no me aprovecho de sus despojos.

La costa se compone de bancos de madreporas, que se extienden á lo lejos en el mar, en forma de anchas tablas horizontales, en las que las grandes olas del Pacífico se estrellan con estrépito, levantando montañas de espuma.

A pesar de la lluvia, todo iría bien si los trineos contruidos por los Mandayas pudieran deslizarse sobre la arena. ¡Qué lástima que unos hombres de tan poca inventiva se hayan atormentado la imaginación cabalmente en mi favor! Es preciso descargar los trineos y cargar los búfalos, haciendo en el acto una especie de cestos con bejucos. Uno de estos animales, molestado sin duda con el peso, emprende una carrera á escape, dispersando en tierra su carga; el conductor, aterrado, corre en su persecución, gritando desde lejos: «Ayao, ayao!» El aspecto del mandaya es tal, que no puedo contener la risa.

Sin embargo, no puedo avanzar más, á causa de la oscuridad de la noche y de la madera flotante que obstruye la playa; es preciso acampar aguantando la lluvia, sin viveres, sin fuego y sin refugio; pero aun es mejor estar aquí, en una roca, que no en el bosque, pues allí nos mojaríamos dos veces, porque el follaje está lleno de agua, que se vierte á la menor sacudida.

7 febrero.—Llego bastante temprano á San Juan, otro caserío de Mandayas reducidos, cuyo capitán me alquila un caballo; pero como está muy escualdo, y peso demasiado para él, me deja caer al poco tiempo; entonces le ato á la cola de un búfalo, que le arrastra no sin trabajo; la lluvia que cae sin interrupción desde hace veinticuatro horas conviértese en un diluvio, y no parece sino que todo el Pacífico se volatiliza á la vez para caer pesadamente sobre nuestras espaldas: el sendero que franquea la arista de la punta Bagoso está erizado de rocas agudas, y cortado por arroyos profundos y anchos lodazales. Yo me pregunto cómo los búfalos podrán franquear tan malos pasos, cuando uno de los animales, el mejor, como para darme la contestación, se agacha y resiste á todas las excitaciones; veo que se hunde en el fango; dos muchachos corren al pueblo más próximo para pedir auxilio; entre tanto dispongo que se descargue al búfalo, y ¡oh milagro! el animal parece renacer, y conseguimos sacarle de su lodazal, cargándole después con menos peso, porque la lluvia continúa y duplica el que cada uno lleva. Sólo pierdo en esta maniobra los cráneos de algunos monos. Pronto llegan varios bisayas de Quinablangán: estoy de suerte; el pueblo se halla á corta distancia, y mis muchachos han encontrado un misionero que, sin conocerme, me envía cuantos hombres estaban á su disposición. Los búfalos, aligerados de su carga, no se detienen ya; mi columna franquea rápidamente los últimos barrancos de la montaña; avanzamos en medio de plantaciones de *hiduip* (1), que sólo sirve aquí para la fabricación de la *tuba*; y á las cuatro de la tarde llego á Quinablangán, donde puedo dar gracias á la persona que me ha socorrido, el P. Raimundo Peruzza, que debía marchar esta mañana: el mal tiempo y mi buena estrella le han retenido aquí, y comparte cordialmente conmigo todos sus recursos.

8 febrero.—Hoy tengo por compañero de viaje al P. Peruzza, que va también á Dapnán, pueblo bisaya, donde encontramos al P. Quirico Moré, á quien ya había tenido el gusto de ver en Davao. En Dapnán hay mucha agitación, porque hace dos días los Mandayas atacaron algunas casetas del pueblo; en la refriega perdieron tres hombres, pero han matado seis bisayas, apoderándose de otros varios: han sido unas represalias, porque los indígenas de este punto hicieron lo mismo hace pocos días. Estas *vendettas* parecen aquí interminables.

Por la noche llego á Baganga, pueblo de mil quinientos vecinos, todos cristianos viejos, y mestizos de Mandayas y Bisayas los más.

9 febrero.—Me separo de los simpáticos misioneros que se reunieron conmigo ayer tarde, y prosigo mi marcha, en la que cada paso me aproxima al bienestar y á la civilización; mis compañeros se quedan aquí para siempre, sujetos á las privaciones en medio de los Bisayas y de los infieles. Semejante abnegación es verdaderamente admirable.

El P. Moré, que debe permanecer dos días en Baganga, me presta su caballo, el cual le enviaré desde la primera parada. La marcha de hoy es difícil para mis muchachos y los portadores. Toda la parte oriental de Mindanao está ocupada por una cordillera de altas montañas orientadas generalmente de norte á sud; las estribaciones de la principal siguen la dirección este; desde la punta Bagoso, estas estribaciones son más altas y escarpadas, y avanzan más en el mar, resultando de esta disposición una serie de ensenadas y bahías, separadas bruscamente por alturas, á través de las cuales no se puede avanzar sino con mucho trabajo; las franqueamos al fin siguiendo un sendero apenas trazado, obstruido por los bejucos, y cortado por numerosos arroyos ó barrancos; el suelo está formado por

(1) Caryota onusta (Palm), se emplea en las Molucas para la fabricación de cables de excelente calidad.

restos de madreporas. La marcha por el bosque produce al cabo de algunas horas una impresión penosa, y respiramos con más libertad al llegar á la orilla, aunque los chubascos, de los cuales no nos preservaba la vegetación, son muy copiosos.

La noche ha cerrado ya por completo cuando llego á Manaligao, pueblo de Mandayas. Estos nuevos cristianos parecen progresar mucho hacia la civilización, pues el teniente y el alguacil me preguntan si no podría facilitarles carabinas como la que llevo.

10 febrero.—¡Albricias, ya no llueve! Me pongo en camino á las 6 de la mañana, y á las 8 llego á Santa Fe, ó Kapananán, otro pueblo de reducidos. Marcelo consigue que le den dos huevos, uno de ellos podrido. En el bosque que hay más allá, Lorenzo, que ha nacido en Caraga, encuentra á su hermano, el cual suponía que se hallaba en Davao; los dos quedan estupefactos, pero no profieren ninguna de esas exclamaciones que los europeos prodigan en semejante caso; limitanse á estrecharse la mano, y después de una explicación de medio minuto, cada cual se va por su lado.

En las accidentadas alturas que dominan á Caraga se extienden vastas praderas, muy antiguas, pues ya las invaden los árboles. Todo parece indicar que la región ha sido siempre un punto predilecto para los indígenas.

Llegado á las once de la mañana á Caraga, permanezco aquí dos días: algunos días claros me permiten tomar buenas alturas, que me dan 7° 17' 49" latitud norte, por 124° 00' 50" longitud este de París. Reconozco con gusto que mis últimas observaciones concuerdan con la carta geográfica inédita de los señores Bustamante y Ruiz de Ribera. En este momento la región pasa por una de esas crisis que son resultado de la mala inteligencia, y también de los odios y rivalidades promovidas por los intereses.

Hay mucha agitación, á causa de una furiosa guerra entre Bisayas y Mandayas; no se oye hablar más que de casetas incendiadas y de degüellos.

12 febrero.—Salgo de Caraga á las 8 y media de la mañana, con diez y siete portadores. Los chubascos duran todo el día; recorremos una parte del camino por el bosque, y la otra por la playa; el suelo es muy accidentado; por todas partes hay rocas calcáreas, particularmente en las cascadas inmediatas á Caraga, donde llegan á tener algunas veintenas de metros, y las alturas están cubiertas de políperos en todos los estados de alteración: el levantamiento del terreno es aquí evidente.

A las cuatro de la tarde llego á Santa María, caserío de Mandayas, recientemente convertidos; su aspecto es fúnebre y ruinoso, como todos los de su especie. A las cinco estoy en Manay, caserío bisaya.



Viaje á Filipinas.—Hijas de un dato mandaya (centro de Mindanao).

13 febrero.—Todos mis portadores de la víspera vuelven á sus casas, y no es fácil hallar otros. Continúo mi marcha á las ocho y media, y dos horas después llego á Zaragoza, otro pueblecillo tan lúgubre como los anteriores.

(Continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN